

OPINIÓN

ANTONIO PEREIRA

Palabras por un árbol enhiesto

Hace cerca de cincuenta años recibí carta de Carnicer, desde Barcelona, mecanografiada, y aquella primera vez me trataba usted. Desde entonces me hizo el regalo -sí, el regalo- de una correspondencia que en mis estantes personales ocupa un espacio que tengo por sagrado.

Después, el maestro perdió vista y nos hablábamos por teléfono. Era rebelde contra las limitaciones que impone la edad. Me dijo algo definitorio: «Yo no valgo para viejo». Sería más justo diciendo: «Yo no valgo para árbol viejo».

Era espigado y así es como murió. Dio sus mejores frutos y un triste 29 de diciembre se quebró por la cintura. Pero ni dobló ni se inclinó.

